

SÁNCHEZ HITA, Beatriz. *Juan Antonio Olavarrieta/José Joaquín de Clararrosa: periodista ilustrado. Aproximación biográfica y estudio del Semanario Crítico de Lima (1791) y del Diario de Cádiz (1796)*. Cádiz: Fundación Municipal de Cultura, 2009, 614 pp.

Saludar la presentación de este libro, en principio, no debe impedirnos señalar algunos pequeños fallos de maquetación de los que debe ser responsable la empresa editora. Fallos que, por supuesto, no quitan mérito alguno a su autora. Beatriz Sánchez es una estudiosa y experta en prensa ilustrada y de la Guerra de la Independencia, más en concreto de la gaditana del siglo XVIII y principios del XIX. Junto a la prensa, un periodista y editor del *Semanario Crítico de Lima* (1791) y del *Diario de Cádiz* (1796), Juan Antonio Olavarrieta, más tarde José Joaquín de Clararrosa. Hombre que hizo de la prensa un instrumento de difusión de sus ideas y de cambio social, comprendiendo el enorme potencial de la palabra escrita y su capacidad de influencia a pesar de las limitaciones políticas, sociales y eclesiástico-clericales. Olavarrieta, que se rebautizaría más tarde como Clararrosa, es el tipo de persona inquieto, inconformista, crítico y luchador que hace de cualquier ambiente su particular campo de batalla para difundir sus ideas, incluso las más radicales y opuestas a la sociedad de aquel Antiguo Régimen que miraba con aprensión y recelo. Por ello sufrió persecución inquisitorial y prisión a ambos lados del Atlántico. Su condición de clérigo no le sirvió de alivio en sus penas

ni en la gravedad de las acusaciones que se le hicieron. Y no sólo por parte de la Inquisición, sino de sus hermanos de religión que atacaron sin piedad sus ideas con las que fue consecuente durante su vida, en su muerte y hasta en su funeral. Olavarrieta, como clérigo, es el ejemplo del hombre que se ha liberado de sus antiguas ataduras y desea provocar en la sociedad el mismo cambio, enfrentándose a las normas establecidas que no eran precisamente ilustradas. En ese sentido, se aleja de la visión del ilustrado español ortodoxo y fiel a la Iglesia católica, asemejándose al europeo.

La autora, que ha llevado a cabo una amplia y minuciosa labor investigadora, concreta algunos aspectos de la vida de este hombre, al que ya ha dedicado su atención en otros libros, para centrarse en su actividad periodística en el siglo XVIII a través del *Semanario Crítico o reflexiones Críticas sobre la educación, costumbres públicas, poesía teatral y otras diferentes materias* (1791) y del *Diario de Cádiz* (1796). Del primero publicó dieciséis números con el afán reformista de ilustrar a los individuos de la sociedad limeña, dedicando gran atención a la educación y crianza de los niños de acuerdo con las teorías de Buffón y de Rousseau, al que no cita pero copia sus ideas solapadamente. Condena a las madres que buscan comadronas o «mujeres mercenarias» para la crianza y educación de sus hijos, de cuya práctica sólo se derivan consecuencias nefastas físicas, morales e intelectuales.

El éxito de esta aventura debió ser escaso porque parte del material preparado e inédito lo publicó en el *Diario de Cádiz*. A Cádiz llegó tras diversos avatares. España en general y Cádiz en concreto, vivían en las últimas décadas del XVIII una eclosión periodística que conocería su clímax en el XIX con la Guerra de la Independencia. El *Diario de Cádiz* alumbró cincuenta y siete números (1-IV a 27-V-1796). Gozó de aceptación popular en competencia con

el *Correo de Cádiz* del que le separaba su aparición diaria y la diversidad temática que interesaba a la mayor cantidad de personas. Por supuesto, no faltó la polémica, la provocación y la desautorización del *Correo*, ni la tenida con el *Diario de Madrid* ni la que anidó en sus páginas con el estreno de *El filósofo enamorado* de Forner.

El plan del *Diario* admiró incluso a sus émulos y encabezando la subscripción aparecía el gobernador de Cádiz. No estaba mal para un periódico que carecía de la autorización del Consejo. El prospecto, según Beatriz Sánchez, debió coincidir con el proyecto anterior del *Diario Gaditano* (1795) y responder a las necesidades de la sociedad gaditana exigente, plural, moderna y burguesa. Olavarrieta buscó en esta nueva empresa, como antes en Lima, la ilustración social, sirviéndose de la prensa diaria, un instrumento cada vez más valioso y popular. Así se planteaban temas de actualidad a través de cartas y artículos que propiciaban el debate. Uno de tantos, al que se dedican varios artículos, fue el lujo objetivo también de cartas pastorales, sermones y tratados diversos que atizaron la polémica tanto desde el punto de vista económico como moral por sus repercusiones comerciales y sus consecuencias en las costumbres. Mientras unos defendían el lujo, fuente de riqueza y estímulo del comercio, otros lo atacaban como perjudicial moral, social y económicamente. No faltaron quienes a través del lujo pedían reformas. Lo más importante quizás de los debates sea la condena de la desigualdad social y la defensa de la Ciencia y de las Artes frente al lujo. Esto es, el progreso sólo puede ser consecuencia del estudio.

Beatriz Sánchez hace una relación de los distintos números de este *Diario*, su distribución, aceptación, precio, suscriptores, redactores y colaboradores. Le sigue el vaciado de los artículos con un breve resumen de algunos en concreto, destacando aquéllos que merecen más importancia

como el lujo, la ilustración, la caridad, la corrupción, la sociedad saturada de militares, nobles, clérigos, funcionarios y ociosos que no producen y a la que metafóricamente identifica con los zánganos de una colmena cuya «sola ocupación es devorar con insolente ingratitud el trabajo de las pobres abejas». El *Diario de Cádiz* clama contra quienes siendo inútiles a la sociedad amontonan riquezas explotando a las clases productivas. En este sentido arremete contra la caridad que disfraza y oculta la injusticia social. La inclusión de artículos completos permite ver con amplitud la línea de ambos periódicos.

La autora esboza con acierto los problemas de la lengua en el siglo XVIII. Esto es, la necesidad de concordar normas de ortografía y de dicción que sirvan para todos. De ahí la aparición constante de gramáticas, retórica y diccionarios que sustentaron debates importantes, muestra de las diversas tendencias e intereses. Valga como ejemplo el sostenido entre Bordazar y Mañer y en el que se involucró Mayans. La Real Academia de la Lengua lideró el consenso pero su trabajo fue timorato y lento y de hecho la polémica de las normas continuó hasta 1796. Que las distintas corrientes mantuvieron sus posturas lo revela el *Diario de Cádiz* que llevó el debate ortográfico a sus páginas, esto es, al ámbito de la prensa y de la opinión pública. Tema al que dedicó varios artículos por parecer importante, tratándolo con rigor sin faltarle su chispa de humor.

La situación de la ciudad de Lima era distinta de la de esa Cádiz próspera, moderna, con una burguesía pujante e ilustrada que contaba con tres teatros a los que defiende el *Diario* por el papel pedagógico que desempeñan en la sociedad. El periódico se convirtió en un vehículo de ilustración, consciente de que era necesario aunar deleite, placer y recreo con instrucción, enseñanza y corrección de las costumbres. El editor entendía que las cosas más ásperas

se podían transmitir de forma amena a través de la poesía teatral porque podía moderar y templar el rigor aparente de la moral, de la filosofía y aun de la misma razón, «mezclando sus máximas con los interpuestos velos de la fábula, de la elocuencia [...]». El teatro, en sus distintas versiones, no sólo deleitaba sino que era de gran utilidad siempre y cuando representase la realidad para desterrar los vicios y asentar las virtudes civiles, políticas y religiosas como sucedía en tiempos de los griegos. No obstante y a pesar de todo, la ilustración contemporánea le parecía escasa y pobre, llamando desgraciado al siglo que no merecía el nombre de ilustrado, de tolerante ni de filósofo.

El *Diario* puso su grano de arena en la materialización de aquellas ideas que podían ilustrar a la sociedad española y sacarla de su atraso. Pero eran muchos los obstáculos que había que remover a nivel político, social y religioso. No descuidó el papel de las mujeres en la sociedad dedicando gran atención en ambos periódicos a su papel educador en una sociedad tan necesitada de ella. Más discutible es si bajo el nombre de algunas mujeres se escondían realmente mujeres o sólo se aprovechaba el nombre para atraer al público femenino, cuya transformación era fundamental para un cambio social.

La obra de Beatriz Sánchez, bien documentada y clara, es una pieza más, importante en este amplio tema de la prensa, de los periodistas y editores que tan brillantemente desempeñó su papel en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX. Estamos seguros que sus investigaciones aportarán más luces en este fascinante campo.

Vicente León Navarro